

**Vanessa Vilches Norat**

*De la brevedad de la escritura*

Quizás el cuento de por qué escribo deba empezar por el origen, si queremos creer en él, esa primera escena de escritura que explicaría mi obstinación por la letra. De no tenerla, la inventaría, que para mí es lo mismo, y les haría creer que desde la infancia he tenido la urgencia de escribir, de dejar constancia de lo que pienso, siento y vivo. Pues bien, lo intentaré, después de todo, el cuento está a prueba de cualquier verificación. Comenzaré por relatarles de las tardes cuando mi madre, cansada de todas sus tareas diarias, me pedía al llegar de la escuela que le hiciera algún cuento como antesala a su siesta. *Las mil y una noches*, la metáfora perfecta. Soy una Sherezade de ocho años que no puede resistir la petición materna. La sentencia de muerte no marca mi ritmo, ni mi pulsión narrativa. Quizás lo marca la habitación con las hermanas, que dan el sentido de justicia y, sobre todo, de competencia en la vida. Hay que pulsear bastante para dejarse escuchar entre tanta lengua y la amenaza de ser desoída era tan fuerte como la espada del sultán Shahriar. El discurso tiene orden, lo ha dicho Foucault. El discurso está controlado, continúa. El discurso nunca es neutro, ni transparente, concluye. Las hermanas son robustas instituciones discursivas, y, vaya, como controlan el discurso. La tentación de tener los oídos maternos era imperiosa para la Sherezade de ocho años. Aunque fuera por los diez minutos que antecedían la siesta. Mi madre siempre se quedaba dormida.

La escena que les acabo de relatar funcionaría si el cuento y la escritura fueran lo mismo. Un abismo entre las dos cosas. Escribir no es hablar. Contar no es escribir cuentos. Los actos responden a dos lógicas diferentes. Si mucho hay de la oralidad en la clásica forma del cuento, son dos acciones lingüísticas muy diferentes. Es más que sabido. El texto escrito juega a recoger la oralidad, lo logra tan bien que nos lo hemos creído. Saussure nos ha engañado. ¡Qué atrevida! El descaro es decirlo sin Barthes, sin Calvet.

Correspondería ahora visitar los lugares comunes de las lecturas formativas, los escritores favoritos, los modelos de escritura. Eso daría la clave del estilo. Nada quisiera más que así fuera. Es una gran presunción concluir que algo de esa escena de lectura se repite en mi escritura. El pudor me prohíbe entregarles mi lista de escritores, que son muchos, de escritoras, que son más. Me encanta pensar en la escritura como un eterno diálogo. Mosaico de citas la llamó Kristeva, cuando citaba a Bajtín. Pero la forma en que las letras de otros influyen las nuestras está siempre por verse. Una suerte de ambición.

Claudico a contarles por qué escribo. Ya les dije que mi madre se quedaba dormida. He dejado de hacerme tal pregunta. Se sabe que el valor del escritor como del artista en el capitalismo salvaje es precario. Todo depende desde dónde se escriba, el contexto que determina el valor y las posibilidades de la escritura. Hace falta mucho más que un cuarto propio para poder entregarse a la escritura literaria. Escribir parece una obstinación, por lo menos en Puerto Rico donde las redes de publicación, edición y distribución de textos son tan precarias. Quizás podría decirse que en mi país se escribe a pesar de, como se hace casi todo ejercicio intelectual, académico, artístico. Insisto en las paredes, el piso, el techo y las ventanas del cuarto. Soy tan material.

Muy pronto he sido una aguafiestas, me disculpo. Desobedezco el mandato de una madre inglesa: no debe escribirse desde la rabia. Me pregunto si se podrá desde la

angustia. Quizás es mejor que siga otra senda, tal vez contestar otra pregunta. A lo mejor el paseo sea más grato, y quién sabe si hasta productivo.

¿Desde dónde se escribe?

Escribir es situarse. Escoger el punto preciso del papel desde el cual se diseña, se garabatea, se araña. Se escribe siempre en un contexto. Perdonen que insista en la materialidad del oficio, pero el espacio en que se coloca uno para escribir es lo que para mí determina el resultado. ¿No es acaso eso el tono?

Vivo en un cuerpo mujer. Quisiera que eso no importara. En verdad, lo deseo. Anhele el día en que el género no sea una categoría a tomar en consideración. El peso de la realidad es muy fuerte. Lo sabemos todos. El ejercicio de la escritura debería sobrepasar esa categoría, pero si se está atenta a la materialidad del oficio y del lenguaje, si se escucha con cuidado el susurro de las imágenes y las palabras, se hace evidente que es insuperable.

Tengo vocación de aguafiestas, dirán ustedes. Y tienen toda la razón.

Les propongo entonces contarles mis pasiones de escritura, como las pulsiones, son los temas y elementos que se me imponen. Algo así como las sendas de mi energía de escritura. La escritura es una obstinación, dije al inicio, la escritura es una manía, digo ahora.

Contrario a muchos escritores persigo los temas. En mi caso, tengo ciertas constantes temáticas, que como verán redundan en mi lugar de escritura. Funcionan como obsesiones: los monstruos, la locura, la maternidad, la imposibilidad de la memoria y la dificultad del amor. Porque son temas que hablan de nuestros límites y la transgresión de los mismos, me gusta ver las fisuras que provocan en sus panoramas, en sus localidades, en sus encuadres más comunes. Todo va aderezado con la angustia, ese miedo a lo porvenir en que nos instalamos como sujetos en el paradigma de la incertidumbre de nuestro mundo.

La maternidad, por ejemplo, es un tema que provoca múltiples interrupciones. Sin embargo, pocas madres literarias merecen la pena. A pesar de las posibilidades estéticas que tiene la figura materna, se la ha tratado escasamente. En la literatura puertorriqueña, por ejemplo, muy pocas merecen nuestro recuerdo. Será por eso de que madres solo hay una. Decía un amigo que con la madre no se puede leer, hay quien asegura que con ella no se puede escribir. Tal vez la madre cripta, la que no se quiere ni se deja escribir en la novela *El fantasma de las cosas* de Marta Aponte Alsina sirva como alegoría de su ausencia.

Del tratamiento solo quisiera hablar de la atmósfera. Pienso que la labor literaria tiene que ver sobre todo con la provocación de sensaciones en los lectores. Lo que se logra en buena parte con la cuidadosa construcción de ambientes. La angustia, por ejemplo, es un tono que sólo se mide por la densidad de la niebla en que ponemos a los personajes, por la magnificación de los detalles sin sentido de su vida, que les da la medida del vacío y el presentimiento del fracaso de la felicidad.

Y al fin, la brevedad. No es casual que lo que haya escrito hasta ahora sea breve. Pongo en ello mucha voluntad, diría empeño. Hay quien dice que escribir cuentos puede ser una opción suicida. Se sabe que el cuento es el familiar rezagado de la narrativa en el panorama editorial contemporáneo. Incluso, desde la pura mezquindad, hay quien piensa en él como una novela a medias, y en el cuentista como alguien que no tiene el talento suficiente para terminar un texto de mayor extensión. Supongo que los

que preferimos el relato breve pensamos que un cuento es una manera de decir algo que no pudo ser dicho de otro modo.

Un cuento es un asunto peligroso puesto que no tiene rectificación. A diferencia de otros textos narrativos, el escritor no tiene espacio para enmendar su falta. El cuento atrapa o se despide para siempre, impacta o es totalmente inconsecuente, conmueve o no se deja sentir. Es el riesgo de la brevedad.

Admiro la concentración de fuerzas en un pedazo de papel. Replegarse en el límite, sugerir el silencio. Algo de enfermedad debe tener el culto al tachón, digo, para una escritora. No soy tan lacónica como quisiera. Por eso me gustan tanto los finales. La mayoría de los escritores que he leído teorizar sobre su proceso creativo hablan de la postergación del final. Coinciden en que nunca tuvieron claro el final de sus textos, que este se les presentó como una revelación ¿final? Confieso que soy una fan de los puntos, sobre todo de los finales. La fuerza de un texto está directamente relacionada al final. Y el final siempre es un silencio sugerido cuando no es literal. Será porque el silencio es otra de mis pasiones. Saber poner un punto final a tiempo es una habilidad escasa en la vorágine confesante en que se ha convertido el mundo. Quien calla, otorga, dicen por ahí, pero también desafía, desde la perversidad del silencio, la posibilidad de una sola interpretación. Pongo el punto.